

Marina Dodero

Mi vida con Christina Onassis

La verdadera historia
jamás contada

*Con la colaboración
de Rodolfo Vera Calderón*

la esfera  de los libros

«¡È MORTA!»

Sábado, 19 de noviembre de 1988. Temprano en la mañana, una vez que Christina regresó de llamar a Athina a Suiza, me dijo que quería ir a hacerse las uñas y peinarse. Llamé entonces a Andrea para preguntar si podían recibirnos sin turno y, al poco tiempo, ya estábamos instaladas en el salón de belleza de la calle Talcahuano. Mi amiga estaba de muy buen humor y no paró de ver revistas para ponerse al día de lo que sucedía en la Argentina, un país por el que sentía un cariño muy especial. Era la primera vez en su vida, según le dijo a la manicura, que se pintaba las uñas de rojo: no tengo duda de que era cierto, porque jamás le había visto las manos con ese color. Al salir de ahí, el chófer nos llevó a la oficina de Jorge, mi hermano, que estaba ubicada en la calle Alsina. Después de charlar un rato, Christina me dijo que no me preocupara por ella, que me fuera a casa a organizar todo para el *weekend* que pasaríamos en mi

quinta de Tortugas. Jorge y mi amiga se llevaban muy bien y podían durar horas conversando, por lo que, tranquila, me fui a comprar todo para el asado del día siguiente. Por la tarde, emprendimos el viaje hacia la quinta con Alberto [Dodero], mi exmarido, y mis hijas, Carminne y Tweety: Christina y Jorge seguramente llegarían para la cena, y yo quería tener todo listo.

Pasadas las ocho, ninguno de los dos había llegado ni llamado para avisar dónde estaban. Recuerdo que ese día hacía mucho calor, por lo que después de ducharme me puse una camiseta y unos pantalones cortos antes de comenzar a preparar una pasta. Preocupada, decidí llamar a Jorge cerca de las nueve y media para preguntarle por qué estaban demorados: me contestó que Christina se había quedado dormida toda la tarde en el sofá de su oficina y que le daba pena despertarla. Le dije que los estaba esperando y que tenían que llegar a casa cuanto antes: tocaron el timbre cerca de las once. A pesar de estar en pleno verano, Christina tenía puesto un suéter y, no bien entró, exclamó: «Nunca te voy a perdonar que me dijeras que en Argentina hacía calor». Hacía varios días que vivía con frío.

Una vez en la mesa, me sorprendió que, después de mucho tiempo, Christina comenzara a hablar de su padre, de su hermano, de una infinidad de cosas que jamás mencionaba... Era como si estuviera haciendo catarsis, una declaración de amor a sus seres más queridos. Mientras comíamos dijo cosas muy lindas sobre Aristóteles, su padre, y

sobre Alex, su hermano, pero nunca mencionó a su madre. Realmente se la veía radiante y feliz. Eleni —la gobernanta que la acompañaba desde su nacimiento— y yo nos mirábamos sorprendidas por todo lo que estaba confesando. Ya era de madrugada cuando nos levantamos del cuarto de estar para irnos a acostar. Siempre que estábamos juntas, Christina y yo dormíamos en la misma habitación, pero esa noche me dijo que se quedaría charlando con *Oro*, sobrenombre con el que cariñosamente llamaba a mi hermano. En realidad, le había pedido a Jorge que la acompañara a la iglesia del fraccionamiento: a ella le encantaba rezar, aunque fuera en una iglesia católica.

Me preparé para irme a la cama, pero me di cuenta de que, con el apuro, me había olvidado de guardar un camisón en el bolso, y me acosté desnuda. Al rato, Christina regresó de la iglesia, entró en mi cuarto y, jugando, me destapó porque quería charlar conmigo; cuando me vio sin ropa, soltó una carcajada. Entre risas le dije que estaba muy cansada y que lo único que quería era dormir, así que volvió a arroparme y, antes de apagar la luz, me tiró un beso al aire y me dijo «buenas noches» en griego. Esa fue la última vez que la vi con vida.

Al levantarme, pasadas las diez de la mañana, le pregunté a Eleni dónde estaba Christina: me dijo que seguía durmiendo. Me acerqué a la puerta de su habitación, miré por la mirilla y vi luz. Entonces abrí la puerta y me sorprendí al ver que la cama estaba hecha, pero con ropa encima; la

puerta del baño se encontraba entreabierta y se escuchaba correr el agua. En cuanto entré, vi su cuerpo de espaldas, sentado y erguido, con la cabeza apenas ladeada. Sin hablarle ni tocarla, llamé a Eleni para decirle que Christina se había quedado dormida, como sucedía muchas veces.

Eleni entró al baño para ayudarme a levantarla y llevarla a la cama, pero, al verle la cara, gritó con angustia: «*È morta! È morta!*». Yo no podía creer lo que escuchaba y, perturbada, salí corriendo a buscar a mi hermano. Junto con Alberto, Jorge entró al baño y ayudó a Eleni a sacar el cuerpo: sobre una toalla, la acostaron en el suelo de la habitación. Aún recuerdo los ojos abiertos de Christina que miraban el infinito. Entre lágrimas y totalmente conternada, aseguraba que estaba viva y que teníamos que llamar a un médico, pero con su mirada mi hermano me daba a entender que no, que Christina estaba muerta.

Salí desesperada a la calle a buscar un médico que me pudiera decir qué era lo que realmente estaba sucediendo y, en mi carrera, encontré al doctor Pueyrredón, un ginecólogo reconocido, quien vino conmigo a casa y la vio. Con lágrimas en los ojos lo confirmó: estaba muerta. Yo le hacía miles de preguntas. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué? Él me dijo que probablemente habría sucedido alrededor de las cuatro de la mañana. Mientras tanto, Jorge y Alberto llamaron a otro médico por medio de las oficinas del fraccionamiento: entonces llegó el doctor Granadillo Fuentes, quien trabajaba en la Clínica Virgen del Milagro de Tor-

tuguitas. Después de examinarla y confirmarnos lo peor, comenzó a revisar toda la casa, un atrevimiento para los ojos de Alberto, quien de inmediato le pidió que se fuera.

Cuando me percaté de que vendrían días muy difíciles, llamé a Graciela Robles, una vecina amiga, para que se llevara a mis hijas y las cuidara. Decidí entonces comunicarme con el doctor Hernán Bunge, uno de los invitados al asado del sábado, quien amablemente se ofreció a ayudarnos. Llegó al poco tiempo y, luego de revisarla, decidió acostar a Christina en la cama y llamar a una ambulancia para que se la llevara a la Clínica del Sol, sanatorio del que era uno de los propietarios. Con todo mi dolor, llamé a los Onassis para avisar que Christina había muerto: antes de que partiera le cerré los ojos.

Llegó la ambulancia y la trasladaron a la Clínica del Sol, ubicada en Coronel Díaz y Billinghamurst. Después de tantos años puedo decir que ese fue un grave error, debido a que dejamos la jurisdicción en la que había muerto Christina. Una vez en la clínica, pusieron su cuerpo en una cama, como si estuviera viva, algo realmente insólito, porque ya se sabía que estaba muerta. Cuando vi que un policía estaba fuera de la habitación, caí en la cuenta de que la noticia había comenzado a correr como pólvora y la prensa llegaría enseguida. En ese momento pedí que se diera por muerta a Christina y que se le practicara la autopsia; esa era la única forma de tener un diagnóstico certero sobre su muerte. A las pocas horas la trasladaron a la morgue.

En ningún momento me separé de ella, por eso decidí acompañarla y esperar ahí el resultado. Pero antes le pedí al chófer que fuéramos a casa, ya que necesitaba estar sola, cambiarme de ropa y poner mis pensamientos en orden. Ya en la soledad de mi habitación, me quebré y, con lágrimas en los ojos, abrí el armario y comencé a buscar lo más adecuado para un día tan triste como ese. Elegí una blusa de seda de manga corta bombeé y una falda de crêpe de seda con unos pequeñísimos lunares blancos, junto con un collar de grandes perlas que heredé de mamá. A pesar de que conocía que la prensa del mundo entero estaría presente en el velatorio de mi mejor amiga, jamás se me pasó por la cabeza peinarme o maquillarme. Lo único que sabía era que debía estar vestida de negro.

En cuanto llegué a la morgue, me sorprendí al ver que decenas de periodistas estaban agolpados en la puerta esperándome. Al bajar del auto, los flashes hicieron que por un instante la noche se hiciera día: tanta luz me obnubiló y caí desmayada. Con la ayuda de mi chófer, entré como pude al lugar y me senté a esperar a que trasladaran a mi gran amiga a la sala de autopsias. El silencio del lugar contrastaba con el bullicio que hacían los periodistas del otro lado de la puerta. El resultado tardó varias horas, porque antes de Christina, los cuerpos de dos vagabundas debían transitar el mismo proceso. Creo que fueron las horas más largas de mi vida: yo solamente rezaba y le pedía a Dios que el resultado no arrojara un exceso de pastillas; quería

que el legado de Christina quedara limpio del estigma de una sobredosis. Al menos, como consuelo, cerraba mis ojos y recordaba que durante sus últimas horas con vida la había visto realmente feliz.

Cuando salió el médico tuve que hacer algo que jamás imaginé en mi vida. Me dijo: «Señora, por favor, acompañeme a reconocer el cuerpo». Yo estaba abrumada y la frialdad del mármol que revestía las paredes de ese sórdido lugar me hizo sentir más sola y triste que nunca. Lo único que me tranquilizó fue saber que murió de edema pulmonar: ahí entendí que el frío que ella había sentido desde su llegada a Buenos Aires era un síntoma de la inflamación de sus pulmones. Sacaron el cuerpo de un nicho de acero inoxidable y al verlo casi me desmayo de nuevo: «Sí, es Christina», dije entre sollozos. Minutos después me trajeron el acta que certificaba los resultados de la autopsia para que la firmara. Lo que siguió fue ir a elegir el ataúd en el que yacerían sus restos para siempre. Así, de un momento para otro, me encontré en un mundo totalmente desconocido para mí. Eran las once de la noche.

Camino a la funeraria Lázaro Costa, me enteré de que la arquidiócesis ortodoxa griega se había ofrecido a albergar el cuerpo de Christina en la pequeña iglesia que mis padres, Stylianos Tchomlekdjoglou y Mosha Embirikos, donaron. Llegué a la sede ortodoxa, en Figueroa Alcorta, a esperar el cuerpo y, pese a la enorme confusión y el dolor que me invadían, me sentí muy contenida por

la gran cantidad de amigos que fueron a darme sus condolencias.

El cuerpo llegó y los empleados de la funeraria, después de colocar el ataúd en la iglesia, me avisaron que ya podía pasar a verla. Miré el reloj: eran las dos de la mañana. Al entrar, la tenue luz violácea de la capilla hizo que, mientras caminaba a ver a mi amiga a solas por última vez, un escalofrío recorriera mi cuerpo. Cuando tuve el ataúd frente a mí, me di cuenta de que Eleni había elegido un vestido blanco bordado que le daba un aura angelical. Christina estaba con sus manos entrelazadas, con la piel tersa y apenas hinchada por los químicos de la autopsia. Destacaban sus uñas rojas. Como me di cuenta de que necesitaba un poco de maquillaje, me decidí a dejarla más linda: saqué mi polvera de Estée Lauder y le coloqué un poco de rubor en la cara. En medio de ese silencio comencé a escuchar sollozos y, al dar media vuelta, vi que los dos encargados de Lázaro Costa lloraban desconsoladamente. Se habían conmovido al ver cómo mi amiga y yo teníamos nuestro último momento de complicidad. Mientras tanto, el mundo entero ya se había enterado de que la mujer más rica del planeta estaba muerta.

SKORPIOS, SU ÚLTIMA MORADA

Estaba a punto de amanecer y le dije a Alberto que volviéramos a casa para ver a nuestras hijas. Llevaba dos horas durmiendo cuando me llamaron para avisarme de que el cadáver de Christina se encontraba muy hinchado y que ya estaba entrando en proceso de descomposición. En ese momento llamé a mi amiga Inés de Lafuente: necesitaba que me acompañara a Lázaro Costa para ver la manera de conservar en buen estado el cuerpo y darle tiempo a su marido, Thierry Roussel, de llegar a Buenos Aires. Así fue como decidimos aplicarle formol para aminorar el olor desagradable, pero, al regresar al obispado, me sorprendió ver lo desmejorada que estaba ya Christina. «Vos, que lo tenías todo, mirate ahora, desfigurada en un ataúd. No te podés ir así», le dije con la voz entrecortada. Me quité el collar de perlas que tenía puesto y lo metí en el ataúd. Era una alhaja que heredé de mamá y que tenía

treinta enormes perlas auténticas. Quería que al menos, en medio de ese triste episodio, mi amiga tuviera con ella un objeto lindo y terrenal. Nuevamente, los empleados de Lázaro Costa comenzaron a llorar sin parar.

Al día siguiente llegó Thierry para sellar el ataúd y llevárselo a Europa, pero jamás imaginamos que nos prohibirían sacar el cuerpo del país. El juez de San Isidro Alberto Piotti emitió una orden para no permitir su traslado, ya que Christina había fallecido en la provincia de Buenos Aires y eso no había sido documentado: por lo tanto, había que dar fe de su muerte en el lugar donde había ocurrido. Creo que, si no hubiera sido por Enrique «Coti» Nosiglia, ministro del Interior, el trámite hubiera tardado mucho más de lo que se demoró.

Cuatro días después de la muerte, Thierry y yo nos embarcamos en un vuelo de Swissair rumbo a Zúrich. Para mi sorpresa, Alberto, mi exmarido, y Eleni, la fiel gobernanta de Christina, no pudieron embarcar porque aún estaba la duda acerca de las causas de la muerte de Christina, y ellos integraban la lista de sospechosos. Afortunadamente, pudieron dejar el país pocas horas después de que yo lo hiciera.

En cuanto despegó el avión, me invadió un sentimiento de profunda tristeza. Era muy fuerte pensar que Christina y yo siempre viajábamos juntas, una al lado de la otra, y que ahora estábamos volando juntas una vez más, pero separadas por la muerte. Mientras yo estaba sentada

al lado del padre de su hija, ella yacía en un ataúd en la bodega del avión. De hecho, siempre nos tomábamos de la mano cuando despegábamos y aterrizábamos porque éramos un poco miedosas: todos esos recuerdos me hacían llorar sin parar. Por suerte, mi hermano Jorge también voló con nosotros, una presencia que me hacía sentir protegida. Todos estábamos exhaustos, por lo que tomamos una pastilla para dormir y varias copas de champán para sortear el vuelo de la manera más serena posible.

Al aterrizar en Suiza, nos esperaban todos: los Onassis, los Livanos, los Niarchos, los Konialidis, los Patronicola. Sin pausa, tomamos un avión particular y volamos a Atenas, donde llovía a cántaros, como si fuera una señal de que todo el país estuviera de luto. Miles de personas nos esperaban agolpadas con paraguas, una imagen que me dejó atónita. Una de mis mayores sorpresas me la llevé, sin embargo, cuando a lo lejos escuché «¡Asesina!». Me costó horrores superar esas sospechas, aunque era capaz de entender que mucha gente no podía asumir que la mujer más rica del mundo hubiera muerto al otro lado del planeta, en un baño. ¡En el baño de mi casa!

Todavía recuerdo el féretro metido en una caja de madera lisa bajando de la bodega del avión. El gobierno griego se portó maravillosamente con nosotros y muchos funcionarios enviaron sus condolencias; con todo listo para el funeral, trasladaron el cuerpo al cementerio de Atenas. Me dio mucha tristeza saber que Christina pasaría la noche

sola, a puertas cerradas, con las luces apagadas y sin nadie a su lado. Justo ella, que detestaba la soledad...

Nos instalamos en el Grande Bretagne y a la mañana siguiente me levanté muy temprano para el funeral, que se celebró en la iglesia de Santa Fotini. Mientras cientos de coronas esperaban a la hija del armador griego, toda Grecia lloraba la muerte de su niña mimada. Fue un día de luto, con el país paralizado y cientos de ramos de flores blancas en los balcones. Un duelo colectivo que me hizo recordar el día en que murió Evita, como mi madre siempre me contaba.

Tras llegar a la iglesia, Thierry, mi hermano, Eleni y yo nos instalamos a la derecha de la nave central, que estaba iluminada con reflectores y velas encendidas. El ruido de las cámaras de las decenas de fotógrafos que llegaron de todo el mundo acompañaba al coro. Desconsolada, lloraba a mares y no tuve ni tiempo para mirarme al espejo. Estaba en *shock* y creía que todo lo que estaba viviendo era una pesadilla. En un instante de lucidez, me sorprendió ver que no faltó nadie de las familias más importantes de Grecia. La ceremonia, oficiada por el arzobispo de Atenas, ya había comenzado cuando de repente una paloma blanca sobrevoló muy cerca del féretro de Christina y volvió a tomar vuelo para escaparse por la ventana izquierda. Siempre que lo pienso me convenzo de que era una señal: me gusta creer que Christina estaba entre nosotros y partía en paz. Por más que quiero recordar los momentos posteriores a la

celebración, no puedo. Solo sé que, cegada por el dolor, salí como pude y me refugié en el auto junto a mi hermano y le pedí al chófer que nos llevara de nuevo al hotel, donde se llevaría a cabo un almuerzo íntimo en una *suite*.

Después de la comida, en la que casi no probé bocado, me fui a mi cuarto y dormí toda la tarde. No tenía ganas de ver a nadie y debía estar bien para el día siguiente, cuando llevaríamos el cuerpo a Skorprios, morada final de mi amiga. Entre tanto, no paraba de sonar el teléfono: periodistas de todo el mundo querían hablar conmigo, pero yo no estaba de humor para dar entrevistas. Con el fin de apaciguar a la prensa, Jorge decidió dar una nota en su cuarto para esclarecer muchas dudas que habían surgido. Él sí pudo expresar su dolor, yo realmente no podía ni hablar.

Al día siguiente, me levanté temprano. Volví a vestirme de negro y emprendimos el viaje hacia el aeropuerto. En un avión privado, nos fuimos hacia Aktion, la base militar desde la que saldría el barco encargado de trasladar el féretro de Christina hacia la iglesia de Skorprios, donde se encontraba la bóveda de los Onassis. Después de que colocaron el ataúd en la cubierta, pudimos ver cómo cientos de pequeñas embarcaciones acompañaron a mi amiga hasta su última morada. En el camino, todos tiraban flores al mar Jónico. La escena era realmente conmovedora: el barco navegaba sobre una alfombra de flores.

Una vez que el féretro estuvo instalado en la bóveda, y antes de depositarlo en su mausoleo, se celebró un trisagio

para despedirla y pronunciar las últimas palabras para rogar por el descanso de su alma. Creo que fue cuando más desconsoladamente lloré y, antes de que pusieran la lápida, arrojé algunas flores. Eran las cinco de la tarde.

Todo el mundo decidió retornar a Atenas, pero Jorge, Eleni, mi marido y yo resolvimos quedarnos a pasar la noche en Skorprios, en la casa principal. Aunque yo deseaba regresar para conseguir algo de paz y poder despejar mi mente, creo que en el fondo decidí quedarme porque no quería dejar a mi amiga sola en medio de esa isla desierta. Esa tarde, recuerdo que me senté a admirar la puesta de sol en señal de despedida al pequeño reino de los Onassis, por el que pasaron las personalidades más famosas del siglo xx. Allí, en lo que Ari llamaba «mi pequeña roca silvestre», María Callas había sentido el corazón colmado de esperanza y Jackie Kennedy se había consagrado como la segunda mujer del naviero más famoso de todos los tiempos.

Al día siguiente volvimos a Atenas y esa misma noche tomamos un avión hacia Zúrich para regresar a Buenos Aires. Estaba ansiosa por ver a mis hijas, que se quedaron a cargo de mi cuñada Rosa, y pensaba en lo triste que se habían puesto con la noticia de la muerte de su «segunda madre». De hecho, hoy puedo decir que Christina se preocupó enormemente por la educación de mi hija Carminne. Siempre que viajábamos a Europa, se encargaba de ponerle institutrices para que le enseñaran idiomas, además de instructores de esquí. Era realmente muy lindo ver el

enorme cariño que sentía por ella: no paraba de comprarle ropa y de consentirla todo el tiempo. Hoy, después de tanto tiempo, puedo decir que desde que nació Carminne, Christina se dio cuenta de que quería tener una hija. ¡A tal punto llegó su obsesión que un día tuvo la disparatada idea de ofrecerle a mi exmarido la suma de ciento cincuenta mil dólares por su espermatozoide! Quería tener una hija lo más parecida a la mía. Cuando estaba deprimida, se la llevaba en helicóptero a desayunar o en plan de compras: la mimaba exageradamente y a mí me encantaba ver la complicidad que existía entre ellas.

Por Tweety también tenía un cariño especial, porque ella fue su madrina de bautismo. Sin embargo, su amor por Carminne siempre fue otra cosa. Era la niña de sus ojos, hasta me animaría a decir que la quería tanto como yo.

Llegamos a Buenos Aires y le pedí a Alberto que se llevara a las niñas: necesitaba dormir. Alrededor de las cuatro de la tarde, me tocó el timbre para decirme que había un cocker compitiendo en La Rural y que las chicas estaban locas por él. Me pidió dinero para comprarlo en caso de que no ganara, ya que si lo hacía se iría a Londres. Si bien no ganó, el criador no quería venderlo, pero la insistencia de mis hijas fue tan grande que finalmente accedió. Cuando mi marido le preguntó el nombre del animal, la respuesta fue Athina. Alberto puso sus reparos porque había entendido Atila, un nombre que no le gustaba, pero enseguida el criador rectificó y le dijo: «No me entendió,

le dije Athina, como la hija de Christina Onassis». En ese momento sacó los papeles para entregárselo y le señaló el nombre en el certificado para que viera que no le estaba mintiendo. Por supuesto, toda la familia quedó atónita.

Mientras tanto, yo solo pensaba en Christina, quien antes de morir me pidió que jamás abandonara a su hija, por lo que tomé la llegada del perro como una señal de su voluntad. Cuando lo tuve en mis brazos por primera vez, me enamoré del animal. Desgraciadamente, jamás me imaginé que no volvería a ver a la hija de mi gran amiga nunca más.

PUNTA DEL ESTE, 1966

Christina y yo nos conocimos en la playa de Punta del Este en el verano de 1966. Fue en San Rafael, en La Brava, alrededor de las doce del mediodía. Por entonces, Christina se estaba hospedando en casa de Meropi Konialidis, medio hermana de Ari, a quien se le ocurrió que sería una buena idea presentarle a alguien de su edad. La primera vez que la vi traía un pañuelo rosa en la cabeza y recuerdo que me sorprendió su piel, lo delgada que era y el tamaño de su busto, realmente envidiable. En ese primer encuentro casi no hablamos, un poco por timidez y otro tanto por rebeldía: nos intimidaba que todos quisieran que fuéramos amigas.

Después de conocernos, Christina decidió nadar un rato en el mar y se metió entre las olas como si fuera un caballo, porque así era ella, salvaje e impulsiva. Yo siempre le tuve mucho respeto al océano, pero cuando la vi entrar

como lo hizo me di cuenta de que no le temía a nada. Ya en nuestro segundo encuentro, al día siguiente, hablamos de muchas cosas: la familia, los sueños, el amor... Así salió el tema de su noviazgo con mi primo Peter John Goulandris, a quien Christina había conocido en Nueva York. Cosas de la vida, el destino parecía unirlos por entonces: al igual que los Onassis, la de los Goulandris era una familia naviera, con una enorme flota valorada en cincuenta mil millones de dólares. Christina me confesó sentirse muy enamorada —lo consideraba educado y caballeroso—, aunque todavía eran muy jóvenes para pensar en el matrimonio.

Tras despedirnos —cada una debía almorzar en su casa—, me fui a jugar al golf y, al regresar, recibí una llamada suya en la que me proponía vernos por la noche. Sin dudarlo, la invité a comer. Recuerdo que cuando llegó estaba espléndida con un vestido azul marino que combinaba a la perfección con su reloj Piaget. Hablamos un largo rato y luego comió con toda mi familia, que quedó fascinada por su sencillez, especialmente papá, quien ponderó su educación. Después de una larga sobremesa, vino a buscarla el chófer de su tía, pasada la medianoche, y en el saludo quedamos para vernos al otro día en la playa.

Por la mañana, mis hermanas Isabel y Elena me acompañaron a la costa, donde coincidimos con Christina, quien disfrutaba de correr junto con su primo, Nicolas Konialidis —hijo del primo hermano de Ari—, con los caballos entre las olas. Desde entonces, todos los días nos veíamos en la

playa, donde almorzábamos, nadábamos y charlábamos de la vida. Y así, sin prisa pero sin pausa, llegó el final de las vacaciones y cada una regresó a su país: Christina retornó a su amada Grecia y yo, a mi querida Argentina. Aunque suene extraño, después de un verano tan intenso, no mantuvimos ningún tipo de contacto.

Con todo, a los seis meses viajé con mi familia a Grecia y mi tía Lila Embirikos me dijo que me presentaría a un grupo de jóvenes para que comenzara a relacionarme con las familias más conocidas de Atenas. Entre ellos estaba Peter John, mi primo, que seguía de novio con Christina. Cuando le conté cuánto había disfrutado de la compañía de su amada en Punta del Este, se puso muy feliz y me dijo que ella también le había confesado haberlo pasado muy bien. De aquel grupo también formaban parte Atalanta Politis (casada después con Andrea Carella) y Chrisanti Lemos. Desde entonces, todos los planes los hacíamos juntas y pasábamos muchas tardes en Gulearmeni, un complejo que albergaba un hotel enorme con un restaurante fantástico, y donde aprendí esquí acuático. También había unas cabañas en las que los Goulandris pasaban los fines de semana y donde papá alquilaba una casa por un mes para descansar durante el verano. Sin duda, eran días realmente fantásticos en los que sentía a Grecia muy cercana.

Uno de esos veranos, Peter John y su hermana decidieron hacer un crucero por varias islas: para ello alquilaron un enorme barco a dos mil dólares diarios. Era una

embarcación divina, con cocinero y todas las comodidades, pero desgraciadamente un día la calma llegó a su fin: el sistema de agua colapsó y, por primera vez, descubrí cuán malcriada podía ser Christina. Cuando se enteró de que no podríamos ducharnos más, se puso furiosa, hizo sus maletas y llamó a su chófer para que viniera a buscarnos. Por más que intenté convencerla, no le importó todo el esfuerzo que su novio estaba haciendo para agradarla y nos fuimos. La noche en la que desembarcaron, Peter John organizó una comida en el departamento de su madre y Christina me insistió para que fuéramos. A mí se me caía la cara de vergüenza porque seguramente estarían todos los del grupo del barco, a quienes abandonamos sin siquiera despedirnos. De hecho, la hermana de Peter John, que no se atrevió a decirle nada a Christina, me abordó para reprocharme nuestra partida, a lo que solamente pude contestarle que habíamos decidido irnos porque al no poder bañarnos nos quedaríamos con la sal en la piel y eso picaba mucho.

Por aquellos días, Christina estaba viviendo en casa de su tía Artemis Garoufalidis, la hermana consentida de Ari, ubicada en Glyfada, a las afueras de Atenas. La tía siempre viajaba con Ari y dejaba todo por su hermano, por el que tenía devoción: él siempre se mostró a su lado, sobre todo en los pasajes más críticos de la vida, como cuando murió la hija de Artemis, presuntamente por suicidio. Una historia que en su momento impactó a toda Grecia.

Con el paso del tiempo, mi amiga se hizo un piso arriba de la casa de su tía, ya que necesitaba un espacio para sí. Esos veranos griegos fueron muy divertidos: nos reíamos como locas, íbamos a los *go karts*, a las *boites*, a escuchar *butsuki*, a tirar platos... Fueron días inolvidables para nosotras.

Pero la dulce calma duró poco. Al año siguiente, Christina comenzó a obsesionarse con su cuerpo y decidió consumir pastillas para adelgazar: a las once de la mañana tomaba la primera, para evitar el almuerzo, y a las cinco y media de la tarde, la segunda, para no comer por la noche. Yo quedaba exhausta, ya que el efecto de las anfetaminas es el mismo que el de la cocaína: recuerdo que durante todo el día hacía miles de cosas y, por más que quería, no podía seguirle el ritmo, porque cuando a Christina le gustaba algo, era imparable.

Algunas veces Christina me contaba de su padre, de lo poco que la veía, de lo triste que la ponía no pasar juntos las Navidades. Con lágrimas en los ojos, me contó que una vez les había prometido —tanto a ella como a su hermano Alex— que se verían en Londres para pasar la Navidad juntos, pero Ari nunca apareció. Ese tipo de anécdotas entristecían mucho a mi amiga y, si bien yo aún no conocía en persona a Aristóteles, las confesiones de Christina me iban definiendo el carácter y la personalidad de un hombre sobre el que hablaba el mundo entero.

Entre todas estas confidencias, Christina me hablaba de lo mucho que detestaba a María Callas, un odio que la

atravesaba por partida doble: además de sentir que había destruido el matrimonio de sus padres, mi amiga aborrecía que muchos la encontraran físicamente parecida a la soprano. Nada la ponía más loca que ver fotos de la Callas a bordo del *Christina*, un barco construido con la consigna de reunir a la familia una vez al año para pasar tiempo juntos. Sin embargo, admitía que en el fondo admiraba a Callas porque era una mujer como su padre, que se hizo a sí misma con el esfuerzo del trabajo y, después de conseguirlo todo, seguía disfrutando de las cosas simples de la vida. Eso le impresionaba mucho de Ari: a pesar de que podía rodearse de la gente más refinada, de pronto decidía refugiarse con la soprano más famosa del mundo todo un fin de semana en su departamento de la Avenue Foch para hacer el amor, comer, cantar... Siempre me decía: «Papá admira a María y precisa de ella; su fama lo ayudó a hacerse más conocido en el mundo». Pero así como me confesaba «secretos de alcoba», también me contaba cosas inauditas y desagradables, como, por ejemplo, que la tenía que María se hizo poner en el estómago para bajar de peso muchas veces le salía por la boca.

Desde el primer momento Christina me tuvo mucha confianza y no tardó en hacerme algunas confidencias, muchas de las cuales me sobresaltaron. Sin duda, lo que más me estremeció fue cuando, a los dieciséis años, me dijo que había abortado después de que quedara embarazada de Dany Marentette, un americano que conoció en St. Mo-

ritz y que estudió en Choate, el colegio favorito de los Kennedy. A Christina le gustó desde un principio porque su familia vivía en Grosse Point, el mejor suburbio de Detroit, y porque su padre, Lloyd, tenía un imperio de plástico. Además, su madre había heredado una fortuna basada en un conglomerado de medios de comunicación.

Quedé helada cuando me contó que fue su madre quien la llevó a una clínica de Londres para que la intervinieran quirúrgicamente; que fue la misma Tina quien le puso su alianza para que la gente no sospechara que no era casada; y que se sorprendió cuando los médicos le dijeron que tenía intacto su himen a pesar de haber tenido relaciones con Dany, pero que se había roto después de que le practicaron el aborto.

Ante tamaña confesión, me nació preguntarle si no le había dado tristeza haber abortado, pero ella me contestó tajante: «No, mi padre me hubiera asesinado. Mi mamá fue la culpable de haberme introducido en el mundo de la *jet set*, así que se vio en la obligación de hacerse cargo». Si bien se mostraba inalterable, la apenaba que Dany, el presunto padre de su hijo, ni siquiera la hubiera llamado para saber cómo estaba. Igualmente, yo siempre pensé que algún cargo de conciencia le había quedado, porque estoy convencida de que el instinto de una madre siempre está presente. Es por eso que —como ella misma me confesó—, a los pocos días de haberse practicado el aborto, pasó momentos muy difíciles y estuvo sumida en una enorme tristeza.

Podría decir que después de la separación de sus padres, esa fue una de sus mayores depresiones. Creo también que en cierto punto se sentía identificada con su mamá porque, según me reveló, cuando Athina quedó embarazada de ella, Aristóteles estaba furioso e incluso llegó a pegarle en el vientre a su madre para provocarle un aborto. Es por eso que la vida de Christina siempre fue dura: saber que una no fue concebida por el amor es una carga con la que es muy difícil vivir en plenitud.